



«Lo importante es que Estados Unidos, la Unión Europea y China se pongan de acuerdo sobre cómo reducir los desequilibrios comerciales, financieros y presupuestarios»

No hay marcha atrás

A menudo me preguntan si resultaría posible regresar al mundo ordenado y predecible de Bretton Woods, en el que las turbulencias económicas y financieras eran mínimas y no se produjo ninguna crisis bancaria de trascendencia. Se trata del período de crecimiento sostenido en la economía global desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta principios de los años setenta, la llamada *pax americana*. El dólar era indiscutiblemente la moneda de referencia y de reserva y la economía estadounidense suponía más de la mitad del producto mundial. Esta situación es algo del pasado: la respuesta a la pregunta es que no es posible regresar al mundo de Bretton Woods.

Bienvenidos al siglo XXI. En los países más desarrollados, no se verifica un crecimiento sostenido y el desempleo se mantiene elevado. El sector financiero se encuentra apesadumbrado. Los desequilibrios comerciales, financieros y presupuestarios son la regla general. Eso sí, las economías emergentes crecen sin cesar. No es un mundo dominado por un sólo poder económico y financiero, sino más bien un mundo policéntrico, en el que Estados Unidos, la Unión Europea, China y Japón comparten el escenario como protagonistas, junto a una serie de otras economías ascendentes como Brasil, India o Rusia. El club nuclear incluye a casi una decena de países. Los problemas de seguridad y de violencia se manifiestan sobre todo en términos de Estados fallidos, como Sudán, Somalia, Irak o Afganistán, y en términos de terrorismo. La situación no podría ser más distinta que la del siglo XX, aquel que comenzara en 1901 con el fallecimiento de la Reina Victoria y terminara en 2001 con los ataques terroristas en Estados Unidos.

Resulta imposible recrear las condiciones de 1944, cuando Estados Unidos y

el Reino Unido diseñaron en Bretton Woods la arquitectura económica y financiera global de la posguerra. Se antoja inconcebible, por ejemplo, el establecimiento de un sistema de cambio de monedas rígido y de controles de capital. Además, no existe una economía y una moneda dominantes que sirvan de anclaje del sistema. La realidad es que el G-20 tiene que ponerse de acuerdo sobre la mejor manera de dotar a la economía global de una cierta dosis de estabilidad. Personalmente, creo que lo importante es que Estados Unidos, la Unión Europea y China se pongan de acuerdo sobre cómo reducir los desequilibrios comerciales, financieros y presupuestarios. Japón puede desempeñar un papel constructivo, pero no es pieza fundamental de un acuerdo, al contrario de la situación en 1985, año en el que Estados Unidos, Japón y Alemania acordaron una depreciación ordenada del dólar precisamente para corregir otros desequilibrios importantes (el Reino Unido y Francia también fueron parte del acuerdo, pero no eran fundamentales para su consecución).

Pienso que la economía global necesita un acuerdo tripartito entre Estados Unidos, la eurozona y China. Este G-3 supone las dos terceras partes de la economía global y concentra el poder financiero. El acuerdo debería guiarse por una serie de actuaciones a corto y a medio plazo que permitan a las economías estadounidense y europeas recuperar el crecimiento y reducir el desempleo, al mismo tiempo que la economía china desarrolla su mercado y demanda interiores. Un realineamiento monetario es fundamental, pero también una discusión sobre competitividad y sobre modelos de crecimiento. De este acuerdo depende, en mi opinión, si el siglo XXI pasará a la historia como un siglo exitoso o calamitoso ::

MAURO F. GUILLÉN es director del Lauder Institute y catedrático de Dirección Internacional de la Empresa en la Wharton School, así como miembro del Consejo Académico de Afi Escuela de Finanzas Aplicadas.
E-mail: guillen@wharton.upenn.edu